

# Editorial

## El estado actual del proceso de diálogo-negociación

*Hace casi una década, en el editorial de ECA de enero-febrero de 1981, el P. Ellacuría vislumbró ya, con lucidez avizora, que la única alternativa razonable para la solución del conflicto salvadoreño había de buscarse por las vías de la negociación, la cual constituía "una necesidad histórica y una exigencia ética" ("Un proceso de mediación para El Salvador", ECA, 1981, 387-388). El FMLN acababa de lanzar en aquel momento su ofensiva general del 10 de enero, que en un principio esperaba que fuese "final", pero que finalmente no prosperó, al menos con el carácter definitivo que el FMLN pretendía. Fue el inicio formal de la guerra en El Salvador, aunque no de la crisis social salvadoreña, la cual venía incubándose desde mucho tiempo atrás.*

*Desde aquella ofensiva, han transcurrido casi diez años de guerra, sin que la finalización del conflicto logre atisbarse, objetivamente, en el horizonte cercano. La solución dialogada, que ya en aquella oportunidad propuso el P. Ellacuría de modo tan prudente —en el sentido etimológico del pro-vidente, de quien ve más lejos que los demás porque tiene su mirada puesta hacia adelante, más allá del inmediato presente— constituye ahora una exigencia histórica y ética aún más imperiosa que en aquel momento.*

*A lo largo de esta última década, en la línea propuesta por aquel editorial, la UCA se fue constituyendo en una promotora incansable de la solución dialogada al conflicto, junto a otras fuerzas sociales del país. Por ello pagó un alto precio. Si ya, en la década anterior, su apoyo a los procesos de cambio social en el país, en particular al proyecto de transformación agraria, le había concitado las antipatías de la oligarquía, su respaldo al proceso de diálogo-negociación, durante la década de los ochenta, acabó por convertir aquellas antipatías en un profundo odio visceral. Conforme la UCA se embarcó en la tarea de impulsar el diálogo-negociación, arreciaron las campañas difamato-*

*rias y las bombas, hasta culminar, en noviembre pasado, con el asesinato-martirio del P. Ellacuría y de sus compañeros de trabajo. Fue un último recurso desesperado de los enemigos de la democracia para que los jesuitas de la UCA cesaran en sus esfuerzos para iluminar con un poco de razón las tinieblas de irracionalidad del conflicto.*

*No obstante, ni esos esfuerzos fueron estériles ni ese sacrificio ha sido en vano. Si, hace diez años, cuando la revista ECA empezó a pronunciarse por una solución política al conflicto, el término mismo de "diálogo" era una palabra maldita y la sola insinuación de la conveniencia de dialogar con el FMLN podía acarrearle a quien lo sugiriera el ostracismo social y político, cuando no la cárcel y la muerte, ahora los enemigos del diálogo se batían en retirada. La racionalidad de la solución negociada se ha impuesto masivamente a la conciencia nacional. Incluso los más virulentos detractores del diálogo-negociación han debido callar o por lo menos bajar el tono de sus invectivas y, aunque aún permanecen atrincherados en cierto periodismo muy conocido por su tradición terrorista y antidemocrática, ya no se atreven, como lo hacían hace apenas un par de años, a rechazar frontalmente el diálogo. Quienes antes exhortaban sin tapujos a la guerra total y al exterminio del FMLN, ahora deben conformarse con advertir tímidamente sobre la doblez moral de los marxistas y los graves peligros de dialogar con éstos. ¿Qué es lo que explica este cambio de actitudes?*

*Ante todo, la fuerza de los hechos, la realidad misma del proceso histórico. La década de guerra que se inició en 1981, con su secuela de destrucción, no ha pasado en vano en términos de sacudir las conciencias. Pero esos hechos reales, sin una razón que los iluminara, quizá no habrían podido por sí mismos alumbrar, a su vez, la conciencia colectiva del país. A esta tarea de iluminar la realidad, de desempeñar, más bien, sus apariencias para dejar que se muestre su luz interna propia, el P. Ellacuría y sus compañeros mártires dieron un aporte decisivo, develando las raíces estructurales de injusticia del conflicto y mostrando que éstas sólo podrían erradicarse a partir de un magno diálogo nacional entre las fuerzas directamente enfrentadas y entre ellas y los restantes sectores del país.*

*En el curso de los últimos tres años, sobre todo a partir de la realización del Debate Nacional por la Paz, a mediados de 1988, el proceso histórico del país ha entrado en lo que el P. Ellacuría definió en su oportunidad como un "estado de diálogo" nacional, caracterizado por un progresivo protagonismo de las fuerzas sociales para buscar la solución política al conflicto, y por una conciencia cada vez más amplia y lúcida que la confrontación armada no es el modo mejor para defender los intereses generales del país, y ni siquiera los intereses particulares de las partes en conflicto. La hecatombe de noviembre*

## **La racionalidad de la solución negociada se ha impuesto masivamente a la conciencia nacional.**

*último, al corroborar dramáticamente la irracionalidad de la guerra, inspiró nuevas gestiones en favor del diálogo. A partir de la reunión de Ginebra, en abril pasado, el proceso de diálogo-negociación ha entrado en una nueva etapa, la cual reviste, en diversos aspectos, novedades cualitativas de considerable importancia. En este editorial quisiéramos evaluar el estado actual del proceso de diálogo-negociación, tratando de resaltar estas novedades cualitativas pero, a la vez, mostrando los enormes escollos que el proceso debe todavía superar para que la nave del diálogo, que aún navega en mares procelosos, pueda llegar a buen puerto.*

### **1. Las novedades cualitativas del proceso en el último año**

*No cabe duda que, a partir de la reunión de Ginebra, el 4 de abril, el horizonte del proceso de diálogo-negociación en El Salvador es muy otro que el anterior. El encuentro de Ginebra —y los compromisos en que cristalizó— permitieron la decantación de diversos dinamismos objetivos y subjetivos, nacionales e internacionales, cuya convergencia ha generado ese nuevo horizonte del proceso. Desde luego, la mayoría de tales dinamismos venía operando desde algún tiempo atrás, pero ha sido en el marco del nuevo horizonte donde han cristalizado las novedades cualitativas a las cuales aludimos.*

*La primera novedad es la amplitud del consenso actualmente prevaleciente en El Salvador sobre la necesidad histórica y la exigencialidad ética del diálogo-negociación. Hace apenas dos años, todavía se impugnaba abiertamente la legitimidad del diálogo. Hoy, en cambio, la urgencia y necesidad de la negociación no sólo ha pasado a ser tema de intensa discusión intergremial e interpartidaria, sino que se ha convertido en objeto de un creciente consenso nacional. El que esto haya ocurrido constituye un avance cualitativo cuya importancia es difícil sobreestimar.*

*Ciertamente, la gestión de la democracia cristiana hizo bastante para abrir una brecha en esta dirección. La invitación que Duarte formuló al FMLN-FDR para reunirse en La Palma, en octubre de 1984, constituyó un paso importante al admitir tácitamente la legitimidad del movimiento revolucionario como parte beligerante y, consecuentemente, como interlocutor legítimo para buscar una salida política al conflicto. En la misma medida, constituyó a la vez la aceptación de la legitimidad del diálogo mismo como mecanismo para arbitrar la solución más razonable al conflicto. Pero, en la práctica, se trató de una legitimidad formal muy precaria, dados los estrechos márgenes de Duarte para*

*negociar. Su iniciativa contó con el apoyo formal del gobierno de Reagan y, por ende, del Alto Mando castrense, pero, en la práctica, estos poderes le imponían tales límites y condiciones, que los márgenes de negociación de Duarte fueron virtualmente nulos. Adicionalmente, Duarte no sólo no logró nunca ganarse la confianza del gran capital, sino que incluso hubo de resistir a lo largo de su presidencia el acoso implacable de la derecha, bajo cuyo control estaba la mayoría de los medios de comunicación.*

*Con la llegada de Cristiani a la presidencia, esa situación se modificó sustancialmente. Cristiani asumió la presidencia revestido, no sólo de la confianza, sino aun de la euforia de la empresa privada y, en general, de toda la derecha. En la Fuerza Armada, la tandon, tan afín ideológicamente a ARENA, había copado virtualmente la cúpula de mando. Así, pues, Cristiani gozó de un voto de confianza y respaldo que los empresarios y los militares jamás quisieron concederle a Duarte. De este modo, cuando en su discurso inaugural del 1 de junio de 1989, asumió el mecanismo del diálogo como la alternativa más razonable de solución al conflicto y, consiguientemente, invitó al FMLN a volver a la mesa de conversaciones, la mayoría de los detractores del diálogo hubo de callar. ¿Quién podía osar acusar a Cristiani de contemporizar con el marxismo por acceder a dialogar con el FMLN? Desde luego, no fue fácil para todos los fanáticos de ARENA asimilar la oferta de Cristiani. De hecho, algunos grupúsculos aislados —aglutinados bajo el anonimato de "Juan Arena"— pidieron a D'Aubuisson que retomara las riendas del partido antes que Cristiani lo condujera al despeñadero. Ciertos cafetaleros de tradición escuadronera incluso reprocharon a ARENA por haber caído en la trampa de convertirse en "perfeccionador del socialismo". Empero, la mayor parte de la derecha, a regañadientes o no, hubo de aceptar, por fin, la legitimidad del diálogo y, aún más difícil, la legitimidad del FMLN como contraparte beligerante e interlocutor necesario de la negociación.*

*Este cambio de percepción de ARENA sobre la legitimidad del diálogo ha sido concomitante con un giro de su enfoque sobre la naturaleza del conflicto. Durante casi toda la década pasada, la derecha sostuvo —con mayor o menor fanatismo— que el conflicto salvadoreño consistía últimamente en una guerra de agresión contra el país dirigida por el expansionismo soviético a través del trinomio Cuba-Nicaragua-FMLN. Si bien esta perspectiva no ha desaparecido del todo, es llamativo que el presidente Cristiani y los funcionarios de su gabinete que le son más afines reconocen cada vez más explícitamente que la situación de miseria en que vive la mayoría del pueblo salvadoreño constituye una de las principales causas del conflicto. Esta metamorfosis de actitudes por parte de la derecha, aun siendo precaria e insuficiente, es un signo importante de los nuevos tiempos, y forma parte*

*de la nueva conciencia colectiva que imbuye el proceso de diálogo.*

*El consenso nacional sobre la necesidad y legitimidad del diálogo no se agota ahí. No se trata únicamente de que el país entero clama por una solución política al conflicto, la cual dependería de la voluntad de las dos partes enfrentadas con las armas. Se trata, más aún, que la mayoría de las fuerzas sociales reclama una participación más activa en el proceso de diálogo-negociación, convencidas que la cuestión de la paz concierne a toda la nación. Precisamente, uno de los principales logros del acuerdo de Ginebra lo constituyó el reconocimiento de la necesidad que tanto el gobierno como el FMLN mantengan "mecanismos adecuados y permanentes de información y consulta" con todas las fuerzas sociales y políticas del país. Estas no han sido todavía incorporadas formalmente a la mesa de negociaciones, debido al celo que el gobierno muestra por la "confidencialidad" del diálogo, pero el acuerdo de Ginebra ha reconocido su aporte y abierto las puertas para su eventual participación directa en las negociaciones. Lo que es más importante, en la práctica, han comenzado a desempeñar un rol cada vez más protagónico en la discusión de la solución política del conflicto.*

*Una segunda novedad cualitativa del proceso se refiere al carácter ininterrumpido que éste adquirió en Ginebra. El proceso de diálogo-negociación, en sentido amplio, es tan antiguo como la propia guerra salvadoreña, e incluso quizá un poco anterior, si se considera como inicio de él la propuesta que el gobierno de Carter formuló al FMLN a finales de 1980, poco antes que el FMLN lanzara su ofensiva general del 10 de enero de 1981. No obstante, es sólo a partir de la reunión de Ginebra que el proceso ha adquirido verdaderamente carácter sis-*



**La mayoría de las fuerzas sociales reclama una participación más activa en el proceso de diálogo-negociación, convencidas que la cuestión de la paz concierne a toda la nación.**

*temático.*

*En etapas anteriores, se lo quiso también desarrollar de modo metódico y continuado, pero tales iniciativas no prosperaron. Así, por ejemplo, los acuerdos asumidos por el gobierno de Duarte y el FMLN-FDR en la reunión de La Palma, en octubre de 1984, pretendieron iniciar un proceso ininterrumpido de diálogo, pero el proceso colapsó en la reunión siguiente de Ayagualo, apenas un mes después. El intento de reunirse en Sesori, en septiembre de 1986, abortó. Entre Ayagualo y la siguiente reunión de diálogo, en la Nunciatura Apostólica, en San Salvador, hubieron de pasar casi tres años. El proceso volvió a colapsar tras el asesinato de Herbert Anaya, a finales de octubre de 1987. Luego advinieron la victoria de ARENA en las elecciones legislativas y municipales de 1988, y el cáncer de Duarte. Este concluyó su presidencia sin haber logrado más que tres reuniones formales de diálogo con el FMLN. Con todo, al reconocerle estatuto de contraparte beligerante a partir de la reunión de La Palma, Duarte inauguró una nueva etapa del proceso; a la vez, los relativos espacios políticos que su gestión toleró, posibilitaron en buena medida la incorporación de los partidos del FDR al proceso político interno. La importancia de esta contribución de la gestión demócrata cristiana al proceso no puede desmerecerse.*

*No todos esperaban que con la llegada de ARENA al poder ejecutivo, los esfuerzos de la democracia cristiana en el terreno del diálogo fueran a ser retomados. Quizá por ello fue éste el punto en el cual el discurso inaugural de Cristiani causó más sorpresa. De hecho, algunos sectores ubicados a su derecha quisieron manipular el temprano asesinato de su ministro de la presidencia, Dr. Rodríguez Porth, como pretexto para descontinuar los esfuerzos de diálogo, mas Cristiani no cedió a las provocaciones. El proceso se reemprendió con una primera reunión formal en México, en septiembre de 1989, y una segunda, en Costa Rica, el mes siguiente, pero volvió a colapsar. La Fuerza Armada en pleno rechazó categóricamente el programa de depuración que el FMLN le propuso en la reunión de Costa Rica. Luego vinieron el atentado terrorista contra FENASTRAS, el último día de octubre, y la ofensiva guerrillera de noviembre. Parecía que las últimas posibilidades del diálogo habían quedado sepultadas bajo los escombros a que la contraofensiva gubernamental redujo el incipiente proceso de democratización que se encontraba en curso en aquel momento.*

*Sin embargo, los acontecimientos de noviembre no sólo crisparon los*

*ánimos de ciertos sectores contra la solución política; paradójicamente, al corroborar de modo dramático la inviabilidad de la solución militar, reforzaron la necesidad histórica del diálogo. La reunión de Ginebra inauguró una nueva etapa del proceso, en la cual éste se encuentra todavía. Desde entonces, han tenido lugar cuatro reuniones, además de la de Ginebra: una en Caracas (mayo), otra en Oaxtepec (junio) y dos más en San José (julio y agosto) y ya está programada una próxima para septiembre. Por primera vez en diez años de guerra, el proceso de diálogo-negociación ha cobrado carácter sistemático. No puede asegurarse que éste sea ya irreversible, pero que se le haya logrado dar esa continuidad constituye un notable avance del proceso.*

*Una tercera novedad cualitativa del proceso se refiere al papel del mediador. Bajo la gestión demócrata cristiana, como es bien sabido, la tarea de la mediación recayó formalmente en los titulares de la arquidiócesis de San Salvador y, particularmente, en Monseñor Rivera Damas. Tanto el arzobispo como su obispo auxiliar, Monseñor Gregorio Rosa Chávez, mantenían excelentes relaciones personales con el presidente Duarte y gozaban al mismo tiempo de confianza suficiente de parte del FMLN. Esta peculiar ubicación casi los predestinó a servir de intermediarios entre ambas partes.*

*Con la llegada de ARENA al ejecutivo, esta situación cambió sensiblemente. Para ARENA, los responsables de la arquidiócesis son, ante todo, los portadores del nefasto legado de Monseñor Romero. Desde el primer momento, Cristiani excluyó al arzobispado como intermediario en su propuesta de diálogo al FMLN, aunque luego, en la práctica, hubo de recurrir a los buenos oficios de Monseñor Rosa Chávez para establecer los primeros contactos con el FMLN y poder echar a andar su iniciativa de diálogo.*

*No obstante, la entrada del proceso a una nueva etapa requería una nueva modalidad de la instancia mediadora. La autoridad moral del arzobispado no era suficiente para cumplir esa tarea, dadas las limitaciones eclesiológicas para estas lides. La naturaleza y las exigencias objetivas del proceso requerían el concurso de diplomáticos experimentados. En este punto, la declaración de San Isidro de Coronado (11 de diciembre de 1989), que en la mayor parte de su contenido literal dio un importante espaldarazo político y diplomático a Cristiani, por otro lado lo forzó a un serio compromiso de diálogo con el FMLN, al solicitar la intervención mediadora del secretario general de la ONU —solicitud, por lo demás, que el propio FMLN había solicitado desde hacía bastante tiempo.*

*Efectivamente, bajo la mediación de la ONU, el proceso de diálogo quedó colocado en un nuevo plano de exigencias. Así lo muestra el*

*propio carácter ininterrumpido que ha manifestado el proceso desde el acuerdo de Ginebra. En otras etapas anteriores a la reunión de Ginebra, las partes se habían comprometido también a dialogar ininterrumpidamente, pero siempre cabían a la mano excusas posibles para burlar tal compromiso. Ese fue el caso, por ejemplo, del acuerdo suscrito el 15 de septiembre de 1989, al término de la ronda de conversaciones celebrada en México, en virtud del cual ambas partes se comprometieron a dotar al diálogo de "carácter permanente, máxima seriedad, garantías recíprocas y ritmos de trabajo que correspondan a la urgencia que tiene el logro de la paz". Este compromiso no evitó que el diálogo colapsara dos meses después. En Ginebra, en cambio, el gobierno y el FMLN adoptaron una mecánica que los ha comprometido a negociar con seriedad hasta desembocar en acuerdos concretos para la democratización de El Salvador. Ahora el compromiso es ante la ONU. Cualquier ligereza de una de las partes en el proceso las desprestigiaría considerablemente ante la comunidad internacional.*

*No fue fácil que el gobierno aceptara el rol de mediación de la ONU. A todo lo largo de febrero y marzo de este año, Alvaro de Soto tuvo que bregar afanosamente para limar las discrepancias sobre este punto. Mientras el FMLN abogaba por un papel "activo" del mediador, Cristiani aducía que el secretario general de la ONU debía participar como mero "testigo" y limitarse a propiciar los contactos entre las partes para el retorno a la mesa de conversaciones, porque el diálogo debía realizarse "entre salvadoreños". A final de cuentas, el gobierno de Cristiani se percató que demasiada reticencia de su parte para aceptar la mediación de la ONU no se avendría bien con la nueva imagen que ARENA aspiraba a proyectar en el ámbito internacional, y aceptó el acuerdo de Ginebra. El acuerdo estipuló escuetamente que el proceso de diálogo-negociación entre el gobierno y el FMLN se celebraría "bajo los auspicios" del secretario general de la ONU; en la práctica, sin embargo, el representante de Pérez de Cuéllar ha jugado un rol más cercano a lo que el FMLN proponía que a lo que deseaba en un principio el gobierno de ARENA.*

*Desde luego, la mediación de la ONU no es un deus ex machina capaz de resolver por sí misma el conflicto salvadoreño, pero implica exigencias de las cuales ni el gobierno ni el FMLN pueden sustraerse, a no ser al precio de un altísimo costo político. Ello ha comprometido a ambos bandos a actuar con una responsabilidad y seriedad a las que no se habían visto exigidos en las etapas anteriores del proceso. Así quedó plasmado en la redacción misma del acuerdo de Ginebra, donde el propio Pérez de Cuéllar planteó el diálogo en términos de un proceso de "negociación". Anteriormente, el gobierno de ARENA había aceptado "dialogar", pero no "negociar". Desde el acuerdo de Ginebra, el gobierno ha admitido, por fin, por lo menos verbalmente, que hay que*





*"negociar", lo cual no hubiera aceptado si no se hubiese visto forzado moralmente por la ONU a hacerlo.*

*Un cuarto aspecto concerniente a los avances experimentados por el proceso de diálogo se refiere a la nueva actitud del gobierno norteamericano respecto de las negociaciones con el FMLN. En rigor, no es éste un avance del diálogo mismo, sino más bien una condicionante externa que ha coadyuvado al avance del proceso. Tampoco se trata de un factor aislado, sino de un conjunto de factores que comprende acontecimientos exógenos como los procesos de cambio que se están dando en Europa del este y la derrota electoral de los sandinistas. Los avances cualitativos del proceso de diálogo en El Salvador no pueden explicarse adecuadamente sin aludir a esta nueva configuración del escenario geopolítico regional y mundial.*

*El influjo causal de este conjunto de factores sobre el conflicto salvadoreño, más allá de sus complejidades estructurales y fenoménicas, obedece a una lógica bastante simple. Las premisas básicas de la nueva política exterior norteamericana hacia El Salvador son dos. La primera consiste en el clamoroso fracaso del gobierno de Reagan en sus esfuerzos para resolver militarmente el conflicto salvadoreño. La política exterior de Bush, bastante más pragmática y menos ideologizada que la de Reagan, como se ha repetido tantas veces, intenta diseñar una alternativa que asimile esa experiencia fracasada. Una alternativa viable al conflicto salvadoreño debe tomar forzosamente en serio la negociación con el FMLN. La segunda premisa atañe directamente a la nueva fase de las relaciones entre Estados Unidos y la Unión Soviética. El desmoronamiento del bloque socialista en Europa del este ha dejado sin razón de ser la bipolaridad sobre la cual se sustentaba la con-*

*frontación este-oeste. En lo que respecta a la situación centroamericana y, particularmente, salvadoreña, la conclusión que se sigue de estas dos premisas no puede menos que reforzar los dinamismos de la negociación. Para el gobierno de Bush, El Salvador ya no es, como lo fue para Reagan, una de las palestras donde la civilización occidental, liderada por Estados Unidos, libra una de sus batallas decisivas contra el expansionismo soviético. Con el retiro de Reagan de la Casa Blanca, se han desvanecido muchos fantasmas que durante diez años deambularon por todo el istmo centroamericano. Adicionalmente, tras la derrota electoral de los sandinistas, el planteamiento de simetría del FMLN con los contras, que estuvo tan en boga hasta hace pocos meses, ha perdido relevancia y adeptos. En resumidas cuentas, desembarazado ya de las gafas del anticomunismo macartista con que Reagan se aproximó a la crisis centroamericana, el gobierno de Bush puede empezar a apreciar el conflicto salvadoreño como lo que es: la erupción de una crisis estructural cuyas raíces últimas se encuentran en la situación de miseria y opresión en que ha vivido secularmente la mayoría del pueblo salvadoreño.*

## **2. Los retos del proceso en el futuro inmediato**

*Las novedades cualitativas apuntadas más arriba configuran un nuevo horizonte que permite visualizar con mayor optimismo las posibilidades del proceso de diálogo-negociación. Las razones mayores para este optimismo no radican en las intencionalidades de las partes, sino en las nuevas condiciones objetivas, nacionales e internacionales, que favorecen la concertación. Sin embargo, no obstante los avances del proceso, el diálogo-negociación enfrenta todavía obstáculos de consideración. El más grave y difícil, como se ha puesto de manifiesto en las últimas rondas de negociación, lo constituye la intransigencia de la Fuerza Armada para acceder a discutir a fondo el problema de su depuración y, más en general, el problema de la desmilitarización del país.*

*Es muy significativo que sea precisamente este tema de la Fuerza Armada la cuestión que ha mantenido en un permanente impasse el proceso de diálogo-negociación desde hace mucho. Así ocurrió en las reuniones de México (septiembre de 1989) y San José (octubre de 1989). De hecho, fue el rechazo gubernamental a la propuesta sobre la depuración del ejército, que el FMLN llevó a la reunión de San José en octubre pasado, lo que preparó el colapso del proceso antes del atentado contra FENASTRAS y de que el FMLN lanzara su ofensiva de noviembre. Tras la reanudación del proceso, en Ginebra, la cuestión de la Fuerza Armada ha seguido constituyendo la piedra principal de tropiezo en los encuentros de Caracas (16-21 de mayo), Oaxtepec (19-25 de junio) y en las dos últimas reuniones de San José (20-26 de julio y*

**La erupción de una crisis estructural  
cuyas raíces últimas se encuentran en la situación de miseria  
y opresión en que ha vivido secularmente la mayoría  
del pueblo salvadoreño.**

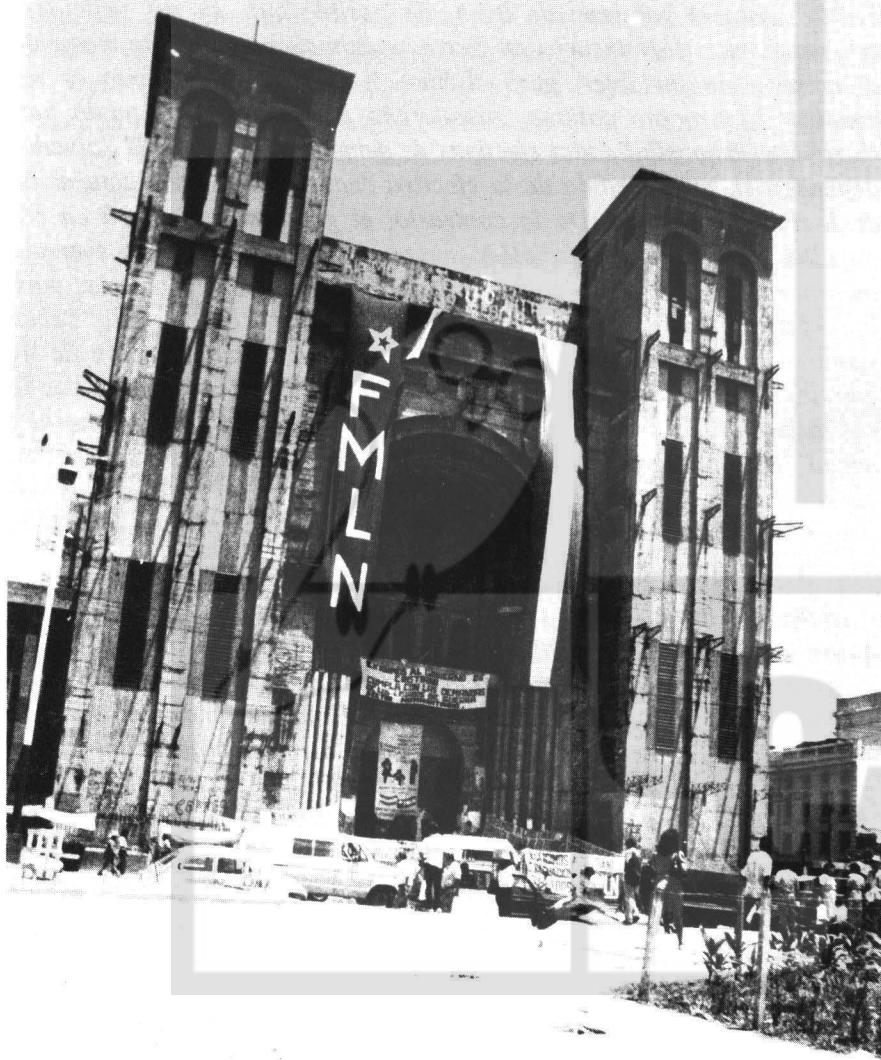
*17-22 de agosto).*

*A estas alturas del proceso, la exigencia para depurar y reestructurar a la Fuerza Armada ya no constituye un mero capricho del FMLN, como quiere presentarlo la propaganda gubernamental, sino una cuestión fundamental sobre la cual existe un amplio consenso entre todos los sectores democráticos del país y en la cual coinciden desde el FMLN hasta el gobierno de Bush. Es posible que, en sus peticiones concretas, el FMLN incurra en ciertos maximalismos que, de momento al menos, son inviables, pero el núcleo de su planteamiento es razonable. El proceso político salvadoreño ha mostrado de modo palmario que las posibilidades efectivas de democratización en El Salvador dependen en gran medida de la efectiva depuración y reestructuración de la Fuerza Armada. De lo contrario, el gobierno no estará en capacidad para ofrecer al FMLN ninguna garantía para su eventual incorporación al proceso político, como tampoco podrá ofrecerlas para la organización y movilización de la sociedad civil. A ello deben sumarse la enorme carga fiscal que representa la manutención de un ejército hipertrofiado como el actual, y todos los otros efectos que la militarización del país conlleva en términos de descomposición moral y social. Así, pues, el planteamiento de fondo del FMLN sobre esta cuestión es en sí mismo razonable y provechoso para todo el país, independientemente de las ventajas políticas que pueda proporcionarle al movimiento revolucionario.*

*Esto que hemos dicho también fue subrayado por el P. Ellacuría, quien muchas veces insistió en que "no habrá democracia sin la democratización de la Fuerza Armada" ("Una nueva fase en el proceso salvadoreño", ECA, 1989, 485, p. 188). Consecuentemente, por ello sostenía que, entre las condiciones para la democratización "tiene prioridad la reforma a fondo de la Fuerza Armada" ("Replanteamiento de soluciones para el problema de El Salvador", ECA, 1986, 447-448, p. 72), a la cual consideraba la principal responsable del baño de sangre que ha anegado al país en la última década. Sobre este punto, subrayaba que "una cosa es la lucha armada entre quienes pueden defenderse con armas equivalentes y otra muy distinta la de infligir violencia mortal contra quien no puede defenderse" (ibid., p. 74). Le parecía que sin solucionar previamente el gran problema de la depuración del ejército, poco podía avanzarse en otras condiciones esenciales de la democracia, como lo eran la reestructuración del sistema de*

*administración de justicia y el respeto a los derechos humanos. "También es indispensable —añadía— una reforma a fondo del poder judicial. Nacional e internacionalmente, el poder judicial de El Salvador es responsabilizado de deficiencias gravísimas, no sólo a la hora de dejar impunes crímenes horrendos, sino a la hora de tratar delitos políticos" (ibid., p. 72). A su vez, consideraba que el pasado reciente del país "no puede ser enjuiciado sin poner en grave peligro el estamento militar" (ibid. p. 64).*

*La insistencia en incluir todos estos temas en la agenda del diálogo-negociación no es arbitraria. Sin una Fuerza Armada democrática y sin un sistema judicial eficiente, no es viable una efectiva democracia,*



**Lo que está en juego en el proceso de diálogo-negociación no es sólo quién se va a quedar con el poder, sino el nuevo tipo de sociedad que se pretende construir para El Salvador.**

*como tampoco lo es sin la implementación de un modelo económico diseñado en función de las mayorías populares. Lo que está en juego en el proceso de diálogo-negociación no es sólo quién se va a quedar con el poder, sino el nuevo tipo de sociedad que se pretende construir para El Salvador.*

*La superación de la guerra es un objetivo fundamental del proceso de diálogo-negociación, pero no es el objetivo último, porque la guerra misma, en última instancia, es una consecuencia y manifestación del conflicto, no su "principio" fundamental. El P. Ellacuría no entendía por tal simplemente el "origen" de la guerra, el "de dónde" ésta procedía, sino aquello que, además de haber originado la guerra, la seguía fundamentando intrínsecamente en su acontecer, de modo que el despliegue fenoménico actual del conflicto bélico era la realización de ese principio. "Es muy importante —decía— distinguir entre lo que pasa y el principio de lo que pasa, porque no resolveremos lo que pasa hasta que quitemos su principio. Obnubilados por la superficie sangrante del conflicto, propendemos a olvidar en la práctica su raíz estructural. Las raíces no se ven pero son ellas las que sostienen y sustentan la estructura vital de los árboles" (ibid., p. 55). El P. Ellacuría pensó siempre que el principio del conflicto salvadoreño es la injusticia estructural, lo cual, sin embargo, no lo llevaba a soslayar la existencia de factores desencadenantes de la guerra.*

*Consecuentemente, Ellacuría pensaba que, en el diálogo-negociación, las fuerzas sociales y políticas del país debían ir al encuentro de un proyecto de nación y, por tanto, la agenda del diálogo debía contemplar la discusión de los puntos básicos de ese proyecto nacional, que permitiera erradicar el principio de la injusticia estructural.*

*El gobierno de ARENA no entiende el proceso en esos términos. Su propósito fundamental es conseguir a las inmediatas un cese de fuego, para luego discutir las condiciones que habrán de implementarse para la democratización. Pretende alcanzar la paz sin erradicar el principio estructural del conflicto. En consecuencia, aunque a partir de la reunión de Ginebra el gobierno ha aceptado hablar de "negociación", en la práctica se rehusa a negociar efectivamente, al plantear que el contenido principal de tal "negociación" deben ser las condiciones en que el FMLN ha de deponer las armas. El FMLN, por su parte, ha reiterado que el cese de fuego sólo puede ser resultado de acuerdos políticos previos que empiecen a sentar las bases de la democratización. Si bien reconoce que la paz es el bien último al cual apunta el proceso, sostiene*

*que no puede haber paz auténtica sin una democracia efectiva. Pero, además, incluso en términos de su propia viabilidad como fuerza política, el FMLN no puede sin más deponer las armas y desmovilizar sus fuerzas, sin tener garantías de que se vaya a respetar la integridad de sus militantes y de que el gobierno vaya a cumplir los compromisos asumidos. Formalmente, el FMLN tiene a su favor el acuerdo de Ginebra y la agenda convenida en Caracas. La Fuerza Armada ha dicho que no permitirá una democracia "a la argentina", pero sin una reestructuración a fondo del ejército, del sistema judicial y del sistema político mismo, la contrapartida sería una democracia "a la colombiana".*

*De esta suerte, el proceso de diálogo-negociación permanece en un impasse dinámico, a pesar de las novedades cualitativas apuntadas. Mientras tanto, la mayor parte del pueblo salvadoreño, las mayorías populares, las cuales no están directamente vinculadas a ninguna de las partes en conflicto, pero se ven más afectadas por la crisis económica, las que más necesitan la paz y la reconstrucción del país, son las que siguen sufriendo en carne propia los peores efectos de la guerra y cargando con sus costos mayores.*

*Por eso es perentorio reorientar el diálogo-negociación en función de los intereses populares. Es urgente despolitizar el proceso de diálogo y hacer de él una causa nacional. Ya se ha avanzado bastante en esa línea desde la realización del Debate Nacional por la Paz. Las fuerzas sociales, dentro y fuera de la intergremial, están desplegando notables esfuerzos para poner en marcha un sujeto colectivo capaz de forzar a las partes directamente enfrentadas a que pongan los intereses generales del país por encima de sus intereses particulares. Empero, todavía falta mucho para que el sujeto popular se constituya en el verdadero sujeto histórico del proceso salvadoreño.*

*En el editorial de ECA de enero-febrero de 1986, el P. Ellacuría apuntaba: "no se puede esperar que la paz amanezca mañana. A la noche le quedan todavía muchas horas" ("Hacer la paz en El Salvador". ECA, 1986, 447-448, p. 17). El propio Ellacuría y sus compañeros martirizados no alcanzaron a disfrutar las primeras luces de la paz. Fueron masacrados de madrugada, antes que despuntara el alba. La hora de la paz está todavía lejana. Pero sin la luz y el sacrificio de los jesuitas mártires, lo estaría muchísimo más.*

*San Salvador, agosto de 1990.*